Penning the Dictator (2)

Marta Traba, *Conversación al sur* (1981)

Isabel Allende, *La casa de los espíritus* (1982)

Some Tripos questions to consider for this topic:

1. “Dictators and writers operate within the field of language. This is the reason for writers’ continued fascination with the subject of dictatorship.” Discuss with reference to AT LEAST TWO works.
2. “The horror of dictatorship will always outstrip the writer’s ability to symbolize it.” Discuss.
3. Examine the importance of TWO OR THREE of the following in AT LEAST TWO texts dealing with dictatorship:  
    (a) writing and/or dictation; (b) self-referentiality;  
    (c) sexuality and gender roles; (d) myth;  
    (e) exile and marginality.
4. “La nueva novela de la dictadura combina su crítica del abuso del poder con una crítica del machismo de las sociedades latinoamericanas.” Discuss with reference to the work of TWO OR MORE novelists or short-story writers.

**Bibliography for Penning the Dictator 2**

***Primary Texts:***

Traba, Marta. *Conversación al sur*. La creación literaria. México: Siglo XXI Editores, 1981.

Allende, Isabel. *La casa de los espíritus*. Barcelona: Plaza & Janés, 1982.

***Bibliography of Secondary Sources:***

Skim these lists and be extremely selective. You will not want to consult more than a few of these (titles you may find interesting), but they should give you an idea of what has been written on these writers.

***1. Secondary literature on Traba***

García Pinto, Magdalena. *Historias íntimas: Conversaciones con diez escritoras latinoamericanas*. Hanover, NH: Ediciones del Norte, 1988. 286pp. Interviews with: Sylvia Molloy, Marta Traba, Luisa Valenzuela, etc.

——. ‘Marta Traba (Entrevista)’. *Hispamérica* [Takoma Park, Md.] 13.38 (1984): 37‑46.

González and Ortega: Patricia Elena González, and Eliana Ortega, eds. *La sartén por el mango: Encuentro de escritoras latinoamericanas*. 2nd ed. Colección: La nave y el puerto. Río Piedras, Puerto Rico: Ediciones Huracán, 1984; rpt 1985. 173pp.

\* Hart, Stephen M. *White Ink: Essays on Twentieth-Century Feminine Fiction in Spain and Latin America*. Colección Támesis #156. London: Támesis Books, 1993. (Contains good chapter on *Conversación al sur*.)

Kaminsky, Amy. *Reading the Body Politic: Feminist Criticism and Latin American Women Writers*. Minnesota: University of Minnesota Press, 1993. (Contains some *brief* discussion of Traba and Valenzuela, but good for outlining issues and for theoretical approach.)

Kantaris, Elia Geoffrey. *The Subversive Psyche: Contemporary Women’s Narrative from Argentina and Uruguay*. Oxford Hispanic Studies. Oxford: Clarendon Press, OUP, 1995. (Includes Chapter on *Conversación al sur* and *En cualquier lugar*.)

\* ——. ‘The Politics of Desire: Alienation and Identity in the Work of Marta Traba and Cristina Peri Rossi’. *Forum for Modern Language Studies* [St Andrews] 25.3 (July 1989): 248‑64. Also available on: <http://people.ds.cam.ac.uk/egk10/notes/Peri-frame.htm>

——. ‘The Silent Zone: Marta Traba’. *The Modern Language Review* [London] 87.1 (January 1992): 86‑101.

Picon Garfield, Evelyn. *Women’s Voices from Latin America: Interviews with Six Contemporary Authors*. Detroit: Wayne State University Press, 1985. 188pp. Contains interviews with Traba, Valenzuela, plus others.

Poniatowska, Elena. ‘Marta Traba o el salto al vacío’. *Revista Iberoamericana* [Pittsburgh] 51.132‑33 (Julio‑Dic 1985): 883‑97.

**\*** Schlau, Stacey. ‘*Conversación al sur*: Dialogue as History’. *Modern Language Studies* 22.3 (1992): 98–108.

Solá, María. ‘*Conversación al sur*, novela para no olvidar’. *Sin nombre* [San Juan, Puerto Rico] 12.4 (julio‑septiembre 1982): 64‑71. (On Marta Traba.)

**\*** Emily Tomlinson. ‘Rewriting Fictions of Power: The Texts of Luisa Valenzuela and Marta Traba’. *The Modern Language Review* 93.3 (1998): 695–709.

***2. Secondary literature on Allende***

Allende, Isabel. “La magia de las palabras”. *Revista Iberoamericana* 51.132‑33 (1985): 447‑52.

Antoni, Robert. “Parody or Piracy: The Relationship of *The House of the Spirits* to *One Hundred Years of Solitude*”. *Latin American Literary Review* 16.32 (July-Dec. 1988): 16-28.

Boschetto, Sandra M. “Dialéctica metatextual y sexual en *La casa de los espíritus* de Isabel Allende”. *Hispania* [Stanford] 72.3 (September 1989): 526‑32.

Coddou Peebles, Marcelo. “*La casa de los espíritus* [Allende] y la historia”. *Revista de crítica literaria latinoamericana* 17.33 (Jan‑Jun 91): 271‑79.

Cortínez, Verónica. “La construcción del pasado en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* y *La casa de los espíritus* [Allende]”. *Hispanic Review* [Pennsylvania] 59.3 (Summer 1991): 317‑27.

\* Frenk, Susan. “The Wandering Text: Situating the Narratives of Isabel Allende”. In Annie Brooksbank Jones and Catherine Davies, *Latin American Women’s Writing: Feminist Readings in Theory and Crisis*. Oxford: Clarendon Press, OUP, 1996. 66-84. An excellent essay.

García Pinto, Magdalena. *Historias íntimas: Conversaciones con diez escritoras latinoamericanas*. Hanover, NH: Ediciones del Norte, 1988. 286pp. Interviews with: Sylvia Molloy, Marta Traba, Luisa Valenzuela, Isabel Allende, etc.

\* Guerra Cunningham, Lucía, ed. *Splintering Darkness: Latin American Women Writers in Search of Themselves*. Explorations. Pittsburgh, Pennsylvania: Latin American Literary Review Press, 1990. 174pp. Contains a few essays on Isabel Allende.

\* Hart, Steven. *White Ink: Essays on Twentieth-Century Feminine Fiction in Spain and Latin America.* London: Tamesis Books, 1993.

Huerta, Teresa. “La ambivalencia de la violencia y el horror en *La casa de los espíritus* de Isabel Allende”. *Chasqui* 19.1 (May 1990): 56-63.

King, John, ed. *Modern Latin American Fiction: A Survey*. London: Faber and Faber, 1987. 336pp. Includes chapter on women writers (and Isabel Allende).

Marcos, Juan Manuel. *De García Márquez al postboom*. Tratados de Crítica Literaria. Madrid: Orígenes, 1986. Contains chapter on Allende.

\* Martin, Gerald. *Journeys Through the Labyrinth: Latin American Fiction in the Twentieth Century*. London: Verso, 1989. 424pp.

Martínez Z., Nelly. “The Politics of the Woman Artist in Isabel Allende’s *The House of the Spirits*”. In Jones, Suzanne W., *Writing the Woman Artist: Essays on Poetics, Politics and portraiture*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1991. 287-306.

Meyer, Doris. “‘Parenting the Text’: Female Creativity and Diologic Relationships in Isabel Allende’s *La casa de los espíritus*”. *Hispania* [Stanford] 73.2 (May 1990): 360-65.

Riquelme Rojas, Sonia, and Edna Aguirre Rehbein, eds. *Critical Approaches to Isabel Allende’s Novels*. New York: Peter Lang, 1991. 197pp.

Schiminovich, Flora H. “Two Modes of Writing the Female Self: Isabel Allende’s *The House of the Spirits* and Clarice Lispector’s *The Stream of Life*”. In Morgan, Janice, Colette T. Hall, Carol L. Snyder, and Molly Hite, eds. *Autobiography in Twentieth-Century Women’s Fiction: An Essay Collection*. New York: Garland, 1991. 103-16.

Some Quotations from *Conversación al sur* (1981)

32: Todavía aquel día jugábamos a vigilantes y ladrones. Un juego bonito, inofensivo, para animar un poco la suiza del sur, ¿viste?

33: Lo que me pregunto es: ¿en qué momento se flaqueó? ¿En qué momento se dejó de pensar que dos muertos eran muchísimos muertos, o que cien, una matanza? Este punto es exactamente lo que me atormenta. Porque si ese cambio puede llegar a producirse, ya no hay ninguna distancia entre la vida y la muerte. Simplemente están juntas. Simplemente son lo mismo.

45: Como si le hubieran dado cuerda, Dolores seguía diciendo que se consideraba bien librada porque únicamente la habían hecho abortar a patadas en cambio de torturarla. Entonces, ¿eso no era tortura? ¡Pero qué te pasa! Eso es que se les fue la mano, no más, a los hijos de puta. Tortura es otra cosa, no te hagas la distraída. De pronto se puso a clasificar las torturas como si hablara de especies vegetales. Habría sido una conversación impensable en otro tiempo. No lo sé, hace rato que aquí todo ha cambiado. Mientras fumamos un cigarrillo o tomamos un café es posible comentar que a alguien le han hecho tragar sus excrementos o beber su orina; todo el mundo permanece impávido, a nadie se le ocurriría comenzar a aullar o tirarse por la ventana. Esas cosas pueden ocurrir, continuaba Dolores, lo importante es sobrevivir […]

46: Salimos de una para meternos en otra. No conversamos, excavamos. ¡Si al menos supiera lo que estamos buscando!

48: Me di cuenta en ese momento que estaba equivocada de medio a medio. Algo había cambia­do de manera radical y comenzaba a percibirlo. Fuera quien fuera, yo no existía para ellos. Mejor dicho; ellos decretaban quién podía existir y quién no. […] Cuando le dije, calma­damente, que me diera permiso para hablar con el embajador del Perú, creo que esperaba su respuesta. Abrió la boca en redondo y dijo deletreando: —El embajador que se vaya a la puta que lo parió. —Y cuando lo dijo, sentí que las cosas se recomponían dentro de una nueva lógica,

53: Y me dan ganas de abrazarte de pensar que con todo y eso saliste poeta, que fuiste capaz de inventar palabras y patéticos y misteriosos paisajes, y arrastrarlos por el desierto diario sin que se calcinaran. Me gustaría decirte estas cosas más íntimas, pero tantos años de educación cívica también me han castrado, no es cierto lo que se dice de mi libertad y de mi esto y aquello. De modo que me callo esta explosión de amor y te sirvo el café, discreta­mente, sin gotear, como me enseñaron, fíjate, he podido hasta dominar el temblor en las manos.

63: De pronto se me acerca una chica con una gorrita encasquetada, que dice: argentina, campeón. Y la que va con ella, ¿no tiene una lata redonda con la bandera? Comienzo a fijarme en los chiquilines; todos llevan banderitas, broches, camisetas, gorras, con corazón, campeón. Todos son campeones. —¿Te gusta el fútbol? —le pregunto a una piba que no ten­drá más de ocho años. —Qué asco —dice con una mueca impertinente—, pero somos campe­o­nes. —¿Campeones de qué? —le pregunto, solamente por molestar. Pero siento que se pro­duce un silencio. —Campeones de todo —me contesta una de las madres, la sonrisa tensa. El mejor fútbol, la mejor carne, la mejor educación. Pienso “va a decir el mejor gobierno”

70: De lo que sí estaba segura es que la conversación no le servía para escamotear el presente. Al contrario, resultaba una especie de entretela que lo sostenía y, sobre todo, lo hacía admisible. Que otros hubieran pasado por su infierno le permitía tolerarlo.

87: ¿Así que éstas eran las locas de Plaza de Mayo? Increíble tal cantidad de mujeres y tanto silencio [...] Ni un carro celular, ni un policía, ni un camión del ejército en el horizonte. [...] Fue cuando advirtió la ausencia de los granaderos que la operación del enemigo se le hizo horriblemente transparente: *se borraba del mapa la Plaza de Mayo durante las dos o tres horas de las habituales manifestaciones de los jueves*.

89: [E]sa cosa que no puedo explicarte, Dolores. ¿Qué te diría? [...] ¿Eso no te dice nada, verdad? [...] no te sé decir qué [...] ¿Qué digo? No sé si fue así. Trato, ¿ves? no puedo.

90: No quiero ni acordarme de esa cara desfigurada, la boca abierta gritando y sobre todo la piel, esa piel delicada que aparecía manchada, amoratada. No levantaba la foto de Victoria sino que la apretaba con las dos manos contra el pecho, encorvándose; una vieja acosada por la muerte.

91: Miré a mi alrededor y comprendí a qué había vuelto a la plaza, había vuelto a ver cómo salían las ratas a la superficie cuando olían que pasaba el peligro. Ahora la plaza entera estaba ocupada por ratas tranquilas o apresuradas. Ratas y más ratas salían y entraban de las bocacalles. Miré hacia la catedral y vi las escalinatas llenas de ratas. ¿Pero eran realmente ratas?; ¿cobardes, apestosas, asquerosas ratas? ¿Como tales había que exterminarlas? Miré el chiquito que perseguía las palomas. Miré hacia la casa rosada, dos granaderos montaban guardia. entonces apoyé la nuca en el respaldo de hierro del banco y me puse a llorar, sin ruido, para que nadie se diera cuenta.

96: [L]e fue traspasando la idea, que ahora veía inocultable, de que todo ese amasijo san­gri­en­to de horror y pelos y uñas humanas era el espacio de su vida, un espacio propio; y que la ciega y sorda salvación posterior a la que se agarraba con todas sus fuerzas, carecería de dimensiones si pretendía ignorar aquellos sufrimientos inenarrables. Nada de expiación cristi­ana, ojo, pero sí el espacio que se ha dado, por las buenas o por las malas y que puede ser realmente in­men­so. Si se sabe habitarlo. Si se clarifica. ¿No tenía que situar ahí sus poemas?

115: ¿A quién se le ocurre hablar de poesía cuando en cada cuadra te para una patrulla para pedirte los documentos y a partir de ahí puede pasarte cualquier cosa?

116: Debí contarle a Irene todo esto, en cambio de rumiarlo como una idiota. Sigo sin poder hablar, musitando monosílabos. Andrés y Victoria decían que cuanto menos se hablara, mejor. Total, una generación de mudos. Irene y Luisa; ni siquiera a Victoria me atreví a contarle cómo caí bajo su seducción. ¿Cómo decirle que Luisa, paseando por el cementerio o Irene, repitiendo en la sala vacía de Montevideo el cabaret que al final no se dio nunca, son mis cuentos de hadas, mis apariciones nocturnas, la pasión entrelíneas que calienta los versos que escribo y también la sospecha, sin arreglo posible, de que me tocó la peor tajada del mundo?

157: A este límite hemos llegado, entonces; a pasar meses y años reclamando cuerpos como quien reclama maletas perdidas. Peor aún, porque nadie da razón de un cadáver perdido, o entrega, para sacarse de encima al enloquecido pariente, un cajoncito con cualquier cosa adentro.

164: [L]o único decisivo era ir explicando sus sentimientos confusos [...] para llegar hasta *la pregunta clave*; ¿cómo se hace para vivir con este fardo de desdichas? ¿O cómo hacer para arrancárselo, aunque fuera a pedazos, como vendajes sangrientos, pero con la esperanza de librarse de él y quedar a salvo?

170: La mujer pensó que se salvaría de ese pánico enloquecido si lograba percibir algo dentro de su cuerpo, pero por más atención que puso en oírse, no escuchó ni el más leve rumor de vísceras, ni un latido. En ese silencio absoluto, el otro ruido, nítido, despiadado, fue creciendo y, finalmente, las cercó.

Some Quotations from *La casa de los espíritus* (1982)

**Chapter I**: La niña [Clara], que entonces tenía siete años, había aprendido a leer los libros de cuentos de su tío [Marcos] y estaba más cerca de él que ningún otro miembro de la familia, debido a sus habilidades adivinatorias. (21)

[Clara e]ntonces se deslizó hasta su cama, sintiendo por dentro todo el silencio del mundo. El silencio la ocupó enteramente y no volvió a hablar hasta nueve años después, cuando sacó la voz para anunciar que se iba a casar. (41)

**Chapter III**: A veces Clara acompañaba a su madre y a dos o tres de sus amigas sufragistas a visitar fábircas, donde se subían en unos cajones para arengar a las obreras […]. A pesar de su corta edad y su completa ignorancia de las cosas del mundo, Clara podía percibir el absurdo de la situación y describía en sus cuadernos el contraste entre su madre y sus amigas, con abrigos de piel y botas de gamuza, hablando de opresión, de igualdad y de derechos, a un grupo triste y resignado de trabajadoras, con sus toscos delantales de dril y las manos rojas por los sabañones. De la fábrica, las sufragistas se iban a la confitería de la Plaza de Armas a tomar té con pastelitos […] (77)

[Esteban n]o podía saber que aquella mansión solemne, cúbica, compacta y oronda, colocada como un sombrero en su verde y geométrico contorno, acabaría llenándose de protuberancias y adherencias, de múltiples escaleras torcidas que conducían a lugares vagos, de torreones, de ventanucos que no se abrían, de puertas suspendidas en el vacío, de corredores torcidos y ojos de buey que comunicaban los cuartos para poblarse a la hora de la siesta, de acuerdo a la inspiración de Clara […] (88)

**Chapter VI**: Clara no volvió a hablar a su marido nunca más en su vida. Dejó de usar su apellido de casada y se quitó del dedo la fina alianza de oro que él le había colocado […] (180)

**Chapter IX**: Su madre quería llamarla Clara, pero su abuela no era partidaria de repetir los nombres en la familia, porque eso siembra confusión en los cuadernos de anotar la vida. Buscaron un nombre en un diccionario de sinónimos y descubrieron el suyo, que es el último de una cadena de palabras luminosas que quieren decir lo mismo. [=Nívea–Clara–Blanca–Alba] (233-34)

**Chapter X**: [Esteban, muerte de Clara:] No puedo hablar de eso. Pero intentaré escribirlo. (259)

A través del estrecho pasillo que las separaba, [Blanca] tomaba la mano a su hija y le contaba los cuentos de los libros mágicos de los baúles encantados del bisabuelo Marcos, pero que su mala memoria transformaba en cuentos nuevos. Así se enteró Alba de un príncipe que durmió cien años, de doncellas que peleaban cuerpo a cuerpo con los dragones, de un lobo perdido en el bosque a quien una niña destripó sin razón alguna. (269)

**Chapter XIII**:[A Jaime y los otros l]es ataron los pies y las manos con alambres de púas y los tiraron de bruces en las pesebreras. Allí pasaron […] dos días sin agua y sin alimento, pudriéndose en su propio excremento, su sangre y su espanto, al cabo de los cuales los transportaron a todos en un camión hasta las cercanías del aeropuerto. En un descampado los fusilaron en el suelo, porque no podían tenerse de pie, y luego dinamitaron los cuerpos. El asombro de la explosión y el hedor de los despojos quedaron flotando en el aire por mucho tiempo. (327)

Los soldados patrullaban nerviosamente por las calles, vitoreados por mucha gente que había deseado el derrocamiento del gobierno. Algunos, envalentonados por la violencia de esos días, detenían a los hombres con pelo largo o con barba, signos inequívocos de su espíritu rebelde, y paraban en la calle a las mujeres que andaban con pantalones para cortárselos a tijeretazos, porque se sentían responsables de imponer el orden, la moral y la decencia. Las nuevas autorida­des dijeron que no tenían nada que ver con esas acciones, nunca habían dado orden de cortar barbas o pantalones, probablemente se trataba de comunistas disfrazados de soldados para desprestigiar a las Fuerzas Armadas […] pero, por supuesto, preferían que los hombres anduvieran afeitados y con el pelo corto, y las mujeres con faldas. (329)

[Trueba:] No me enteré de la muerte de mi hijo Jaime hasta dos semanas después, cuando se nos había pasado la euforia del triunfo al ver que todo el mundo andaba contando a los muertos y a los desaparecidos. (331)

Los periódicos dijeron que los mendigos en las calles, que no se veían desde hacía tantos años, eran enviados por el comunismo internacional para desprestigiar a la Junta Militar y sabotear el orden y el progreso. Pusieron panderetas para tapar las poblaciones marginales, ocultándolas a los ojos del turismo y de los que no querían ver. En una noche surgieron por encantamiento jardines recortados y macizos de flores en las avenidas, plantados por los cesantes para crear la fantasía de una pacífica primavera. Pintaron de blanco borrando los murales de palomas panfletarias y retirando para siempre de la vista los carteles políticos. Cualquier intento de escribir mensajes políticos en la vía pública era penado con una ráfaga de ametralladora en el sitio. Las calles limpias, ordenadas y silenciosas, se abrieron al comercio. […] Nunca había estado más hermosa la ciudad. Nunca la alta burguesía había sido más feliz: podía comprar whisky a destajo y automóviles a crédito.

En la euforia patriótica de los primeros días, las mujeres regalaban sus joyas en los cuarteles, para la reconstrucción nacional, hasta sus alianzas matrimoniales, que eran remplazadas por anillos de cobre con el emblema de la patria. (336)

De una plumada, los militares cambiaron la historia universal, borrando los episodios, las ideologías y los personajes que el régimen desaprobaba. Acomodaron los mapas, porque no había ninguna razón para poner el norte arriba, tan lejos de la benemérita patria, si se podía poner abajo, donde quedaba más favorecida […] y se apoderaron en los libros de geografía de tierras lejanas, corriendo las fronteras con toda impunidad, hasta que los países hermanos perdieron la paciencia […]. La censura, que al principio sólo abarcó los medios de comunicación, pronto se extendió a los textos escolares, las letras de las canciones, los argumentos de las películas y las conversaciones privadas. Había palabras prohibidas por bando militar, como la palabra «compañero», y otras que no se decían por precaución, a pesar de que ningún bando las había eliminado del diccionario, como libertad, justicia y sindicato. (337)

[Funeral del Poeta (i.e., Neruda):] La gente iba en silencio. De pronto, alguien gritó roncamente el nombre del Poeta y una sola voz de todas las gargantas respondió ¡Presente! ¡Ahora y siempre! Fue como si hubieran abierto una válvula y todo el dolor, el miedo y la rabia de esos días saliera de los pechos y rodara por la calle y subiera en un clamor terrible hasta los negros nubarrones del cielo. […] Poco a poco el funeral del Poeta se convirtió en el acto simbólico de enterrar la libertad. (341)

[U]na docena de hombres sin uniformes, armados hasta los dientes […] abrían de una patada la puerta del cuarto de Alba y entraban con las metralletas en la mano […]. Dieron vueltas las estanterías de la biblioteca […] Los volúmenes del túnel de Jaime fueron a dar al patio, allí los apilaron, los rociaron con gasolina y los quemaron en una pira infame, que fueron alimentando con los libros mágicos de los baúles encantados del bisabuelo Marcos, la edición esotérica de Nicolás, las obras de Marx en encuadernación de cuero […] (352)

**Chapter XIV**: Buscó en su memoria un paseo con Miguel a la costa, en otoño, mucho antes que el huracán de los acontecimientos pusiera el mundo patas arriba, en la época en que todavía las cosas se llamaban por nombres conocidos y las palabras tenían un significado único, cuando pueblo, libertad y compañero eran sólo eso, pueblo, libertad y compañero, y no eran todavía contraseñas. (355)

—¡Quítate la ropa! —ordenó García […]

La desnudaron con violencia, arrancándole los pantalones a pesar de sus patadas. […] Y entonces ella sintió aquel dolor atroz que le recorrió el cuerpo y la ocupó completamente y que nunca, en los días de su vida, podría llegar a olvidar. Se hundió en la oscuridad. (359)

[E]l día que [Esteban García] le hundió la cabeza en una batea llena de excre­men­tos, hasta que ella se desmayó de asco, Alba comprendió que no estaba tratando de averiguar el paradero de Miguel, sino vengándose de agravios que le habían infligido desde su nacimiento, y que nada que pudiera confesar modificaría su suerte como prisionera particular del coronel García. (360)

Clara trajo la idea salvadora de escribir con el pensamiento, sin lápiz ni papel, para mantener la mente ocupada, evadirse de la perrera y vivir. Le sugirió, además, que escribiera un testimonio que algún día podría servir para sacar a la luz el terrible secreto que estaba viviendo, para que el mundo se enterara del horror que ocurría paralelamente a la existencia apacible y ordenada de los que no querían saber, de los que podían tener la ilusión de una vida normal, de los que podían negar que iban a flote en una balsa sobre un mar de lamentos, ignorando, a pesar de todas las evidencias, que a pocas cuadras de su mundo feliz estaban los otros, los que sobreviven o mueren en el lado oscuro. (362-63)

Pero luego inventó una clave para recordar en orden, y entonces pudo hundirse en su propio relato tan profundamente, que dejó de comer, de rascarse, de olerse, de quejarse, y llegó a vencer, uno por uno, sus innumerables dolores. (363)

[Esteban:] Levanté la vista y un espejo en el techo me devolvió mi imagen: un pobre cuerpo empe­que­ñe­cido, un rostro triste de patriarca bíblico surcado de amargas arrugas y los restos de una blanca melena. (364) — *cf.* [Y]a estoy tan viejo que al verme en el espejo no me reconozco. (I:26)

**Epílogo**: Mi abuelo tuvo la idea de que escribiéramos esta historia. (378)

El día en que mi abuelo volteó entre los matorrales del río a [la] abuela [de Esteban García …], agregó otro eslabón en una cadena de hechos que debían cumplirse. Después el nieto de la mujer violada repite el gesto con la nieta del violador y dentro de cuarenta años, tal vez, mi nieto tumbe entre las matas del río a la suya y así, por los siglos venideros, en una historia inacabable de dolor, de sangre y de amor. […] En algunos momentos tengo la sensación de que esto ya lo he vivido y que he escrito estas mismas palabras, pero comprendo que no soy yo, sino otra mujer, que anotó en sus cuadernos para que yo me sirviera de ellos. […] Me será muy difícil vengar a todos los que tienen que ser vengados, porque mi venganza no sería más que otra parte del mismo rito inexorable. Quiero pensar que mi oficio es la vida y que mi misión no es prolongar el odio, sino sólo llenar estas páginas […] mientras aguardo que lleguen tiempos mejores, gestando a la criatura que tengo en el vientre, hija de tantas violaciones, o tal vez hija de Miguel, pero sobre todo hija mía. (379-80)

Mi abuela escribió durante cincuenta años en sus cuadernos de anotar la vida. […] Los tengo aquí, a mis pies, atados con cintas de colores, separados por acontecimientos y no por orden cronológico […]. (380)